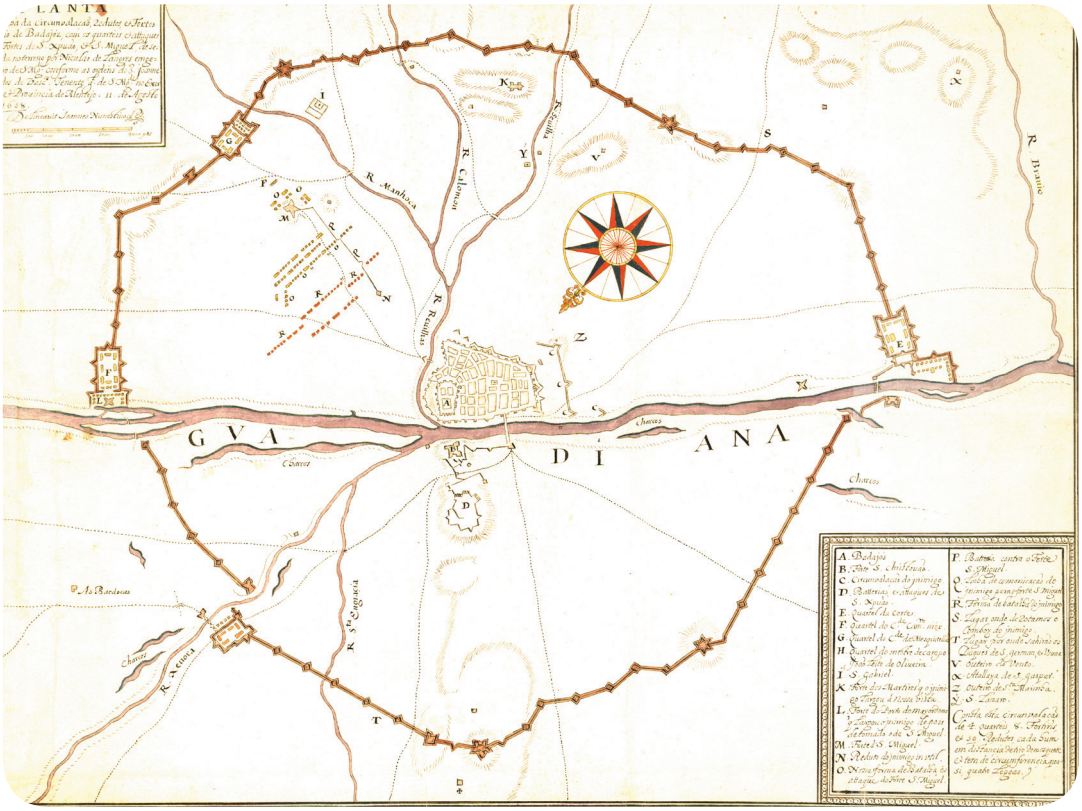
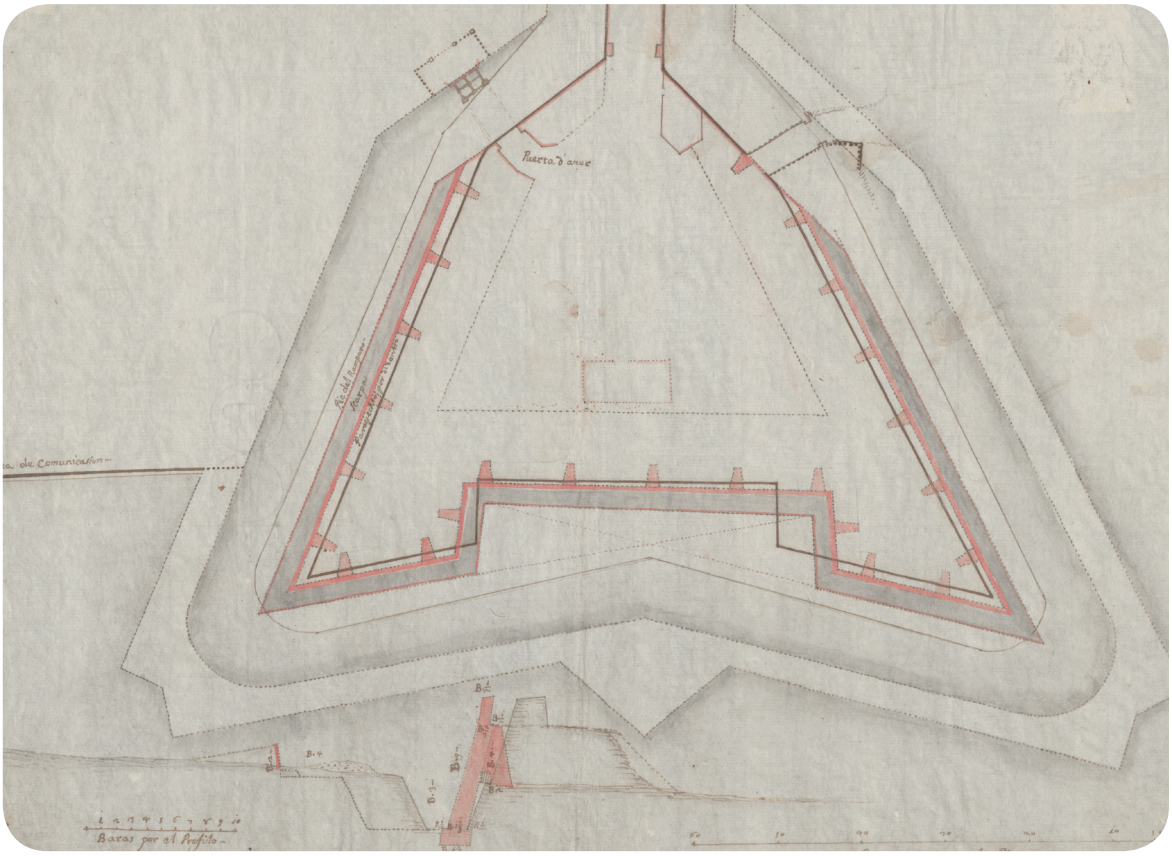
HISTORIA DE LA FORTIFICACIÓN MODERNA DE BADAJOZ

01. La primera fortificación moderna. La guerra de secesión de Portugal







La Guerra de Secesión o de Restauración de Portugal, iniciada en 1640, fue el detonante principal para la reforma y posterior construcción de la muralla “a la moderna” o abaluartada de Badajoz.

La vieja cerca medieval, cuyo trazado puede contemplarse en el plano anónimo conservado en el Archivo Militar de Estocolmo, había perdido prácticamente toda su capacidad defensiva. Conservaba su trazado y alzados antiguos, pues durante más de un siglo había disfrutado este territorio de una paz provocada por la pertenencia de ambas coronas —Castilla y Portugal— a la Monarquía Hispánica. En ese periodo de paz, las fortificaciones de Badajoz fueron dejadas de lado por innecesarias, por lo que su estado era en general lamentable, con numerosos tramos prácticamente derruidos y casi inservibles. Tan sólo se conservaban en un relativo buen estado los muros del castillo y algunos restos de la cerca.

Pero además, la introducción de nuevas tecnologías bélicas, principalmente la artillería, hacían inútiles esas fortificaciones, pensadas para soportar las técnicas bélicas medievales, en las que la escalada era la principal forma de ataque.

Por ello desde mediados del siglo XV y sobre todo en el siglo XVI aparecen un nuevo tipo de fortificaciones “a la moderna”. El fundamento de este tipo de fortificación es intentar “ocultar” la fortificación del enemigo. Para ello se recortó la altura de los muros y se les dotó de una mayor anchura, que les permitiera resistir los impactos de artillería. Además, se buscó que todas las zonas de la fortificación estuvieran a su vez cubiertas por otras, sin dejar ángulos muertos de difícil defensa. Surge así el **baluarte**, un recinto pentagonal con el lado trasero, o **gola**, integrado en el cuerpo de la fortificación, y los cuatro lados restantes sobresaliendo del lienzo de la muralla hacia la campaña.

En Badajoz, por la urgencia creada por el levantamiento portugués, únicamente se afrontaron obras de reconstrucción y refuerzo de las fortificaciones medievales. Pero el refuerzo de la antigua muralla no era suficiente para garantiar su defensa. Los alrededores de la ciudad y fundamentalmente los cerros y alturas que la rodean (Pardaleras y los cerros de San Miguel o San Cristóbal) cobraron un nuevo sentido estratégico con las nuevas técnicas artilleras.

La situación del cerro de San Cristóbal, justo enfrente de la alcazaba árabe y con dominio sobre todo el caserío, le otorgó una importancia máxima para la defensa de la ciudad. En el caso de que se produjera su pérdida, como reiteran todos los informes militares sobre Badajoz en los cuatro últimos siglos, traería consifo que la ciudad no tardaría en capitular y rendirse.

Por ese motivo el cerro de San Cristóbal comenzó a fortificarse casi de inmediato. En mayo de 1641 ya se habían iniciado obras en el cerro para fortificarlo, aunque la escasez de fondos, la climatología e incluso las incursiones portuguesas acabaran arruinando varias veces los trabajos efectuados en los siguientes años. Pero casi desde el primer momento el fuerte de San Cristóbal presentó ya la traza que, con ligeras modificaciones, ha llegado a la actualidad.

Poco a poco, a lo largo de las décadas de 1640 y de 1650, fueron apareciendo nuevas construcciones por delante de la muralla medieval de Badajoz en forma de medias lunas o revellines, como las denominadas de los Hornos Caleros, del Pozo o Caracena. También se construyeron defensas por delante de las puertas de la ciudad —puertas de Mérida, Trinidad y Santa Marina—, a modo de "tambores" que protegieran el acceso al interior. Además se trazó una **estacada** por delante de la fortificación que estorbara el acceso enemigo al cuerpo principal de la muralla.

La prueba de fuego (literalmente) de todas estas obras llegó con el asedio portugués a Badajoz en 1658. Como dictaba la lógica militar, el primer intento se dirigió a la toma del fuerte de San Cristóbal para, desde allí, dominar la ciudad y provocar su rápida rendición. Pero la decidida defensa de este enclave hizo variar los planes iniciales del ejército portugués, que se vio obligado a realizar un asedio en toda regla, con una línea de circunvalación completa a la ciudad salpicada de fortines y cuarteles, como muestran los planos de la época. La traza de algunos de esos fortines terreros se aprecia aún en las alturas de los Montitos, en las alturas de Santa Engracia e incluso en el cerro de las Mayas.

Durante el asedio, el ejército portugués concentró sus ataques en el sector suroeste de la plaza, para lo que estableció una batería artillera en el cerro del Viento. Los defensores levantaron una línea defensiva o camino cubierto avanzado que desde la orilla del Guadiana llegaba a ocupar las alturas de Pardaleras, siendo el germen del posterior **fuerte** del mismo nombre.

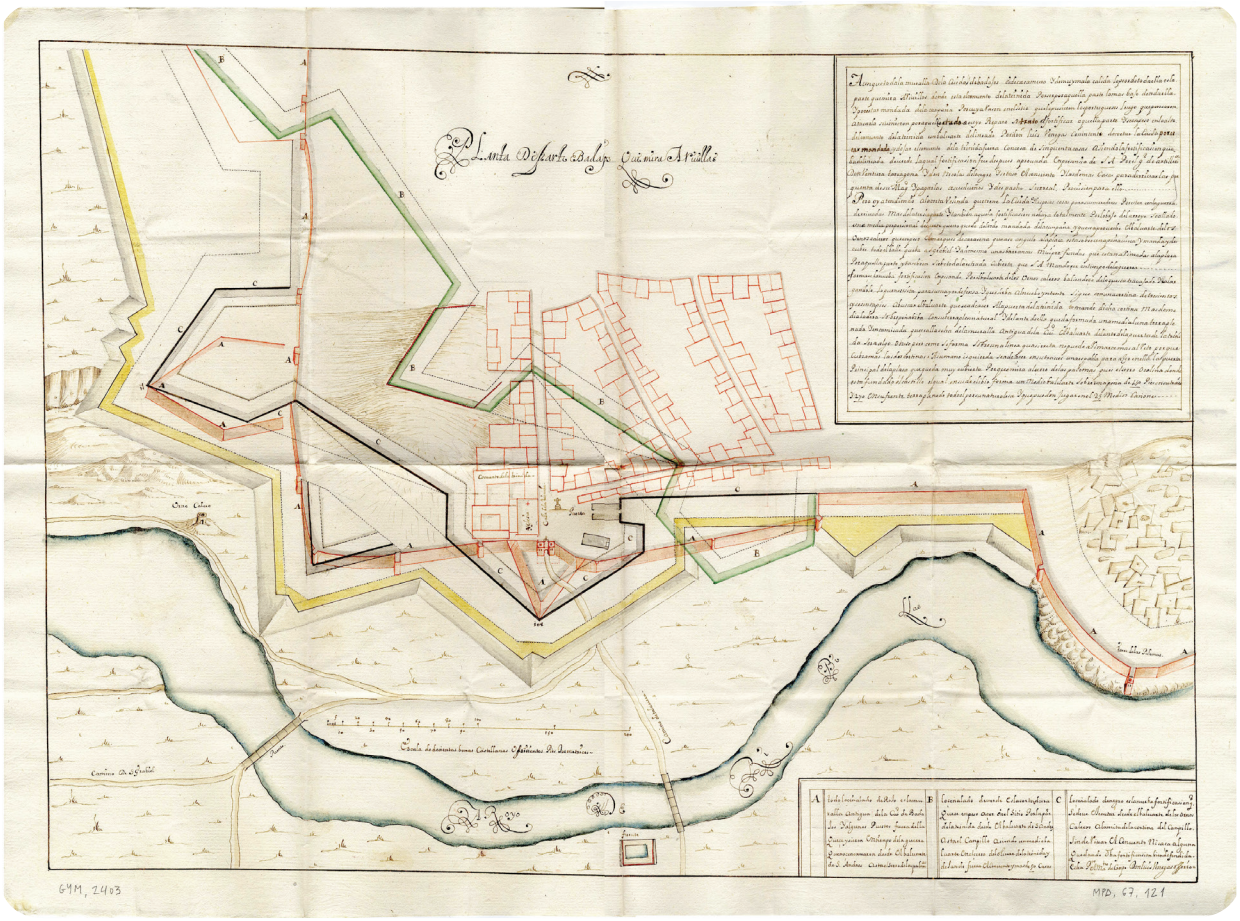
En la orilla derecha del Guadiana se construyó un **camino cubierto** que facilitara la comunicación entre el puente de Palmas y el fuerte de San Cristóbal.

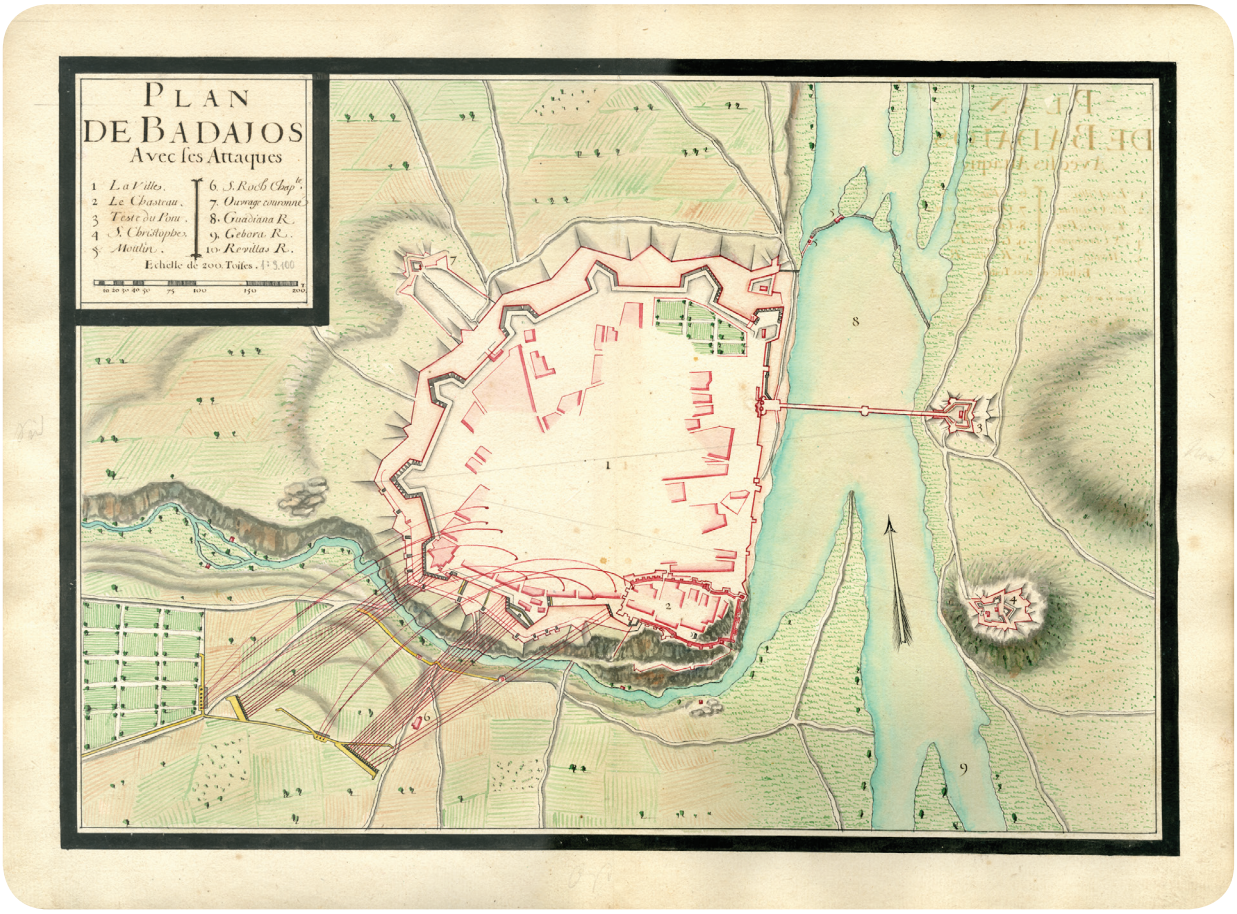
Tras el asedio de 1658, y aún antes de terminar el conflicto, se afrontaron diversos proyectos de mejora en la orilla derecha del Guadiana. En el fuerte de San Cristóbal se emprendió la construcción de un **camino cubierto avanzado** y se mejoró el camino de comunicación con la cabeza del Puente, donde además se construyó hacia 1663 un nuevo elemento defensivo que guardara y protegiera eficazmente el acceso al puente, el **hornabeque** de la cabeza del puente. En un primer momento estaba construido únicamente

en tierra apisonada, sin recubrimiento de piedra alguno. Esto, unido a algunos errores en su diseño, principalmente por la equivocada orientación de la puerta de acceso al hornabeque, provocó su completa remodelación hacia 1665.

Finalmente, tras las batallas de Ameixial o Estremoz (1663) y fundamentalmente de Montes Claros o Villaviciosa (1665), fue acordada la paz entre ambas naciones el 13 de febrero de 1668. Se abría así un nuevo periodo en la historia de Badajoz, que de nuevo se encontraba situada en un territorio fronterizo frente a un enemigo hostil. La construcción de una nueva muralla moderna para la ciudad se convirtió en una prioridad.

02. El último cuarto del siglo XVII: la construcción de la muralla moderna.


Planta Diseño de Badajoz
Convento de S. Francisco
Convento de S. Juan de Dios
Convento de S. Agustin
Puerta de Palmas
Puerta de Trinidad
Puerta de Yelves
Puerta de Pilar
Puerta de Carros
Puerta de Sevilla
Puerta de Olivenza
Puerta de Trinidad
Puerta de Palmas
Puerta de Pilar
Puerta de Carros
Puerta de Sevilla
Puerta de Olivenza
Puerta de Yelves



Tras la firma del Tratado de Lisboa de 1668, Badajoz quedó profundamente marcado para el futuro, pues se vio colocada en una posición estratégica vital, a muy poca distancia de la frontera, como guardiana y defensora de la misma. Se reforzó el papel militar de la ciudad en todos los ámbitos. Y en consonancia con su posición geoestratégica, se diseñó y ejecutó un completo programa de reformas y nuevas construcciones para proporcionar a la plaza una nueva fortificación.

Este proceso no fue fluido ni continuo, pues estuvo salpicado de parones y peticiones constantes de informes, proyectos y presupuestos por parte del Consejo de Guerra.

Badajoz contaba al término del conflicto con Portugal con una fortificación básicamente medieval, a la que se le habían añadido, en función del momento y las necesidades, algunos elementos modernos: medias lunas, caminos cubiertos, fuertes exteriores, etc., todos ellos de discutible calidad por la falta de presupuestos. La prioridad absoluta tras la guerra fue reparar las partes dañadas de la fortificación existente, de la que Luis de Venegas en su informe de 1677 hace una acertada descripción de su lamentable situación, con repetición constante de términos tales como "*arruinado*", "*caído*", "*la incuria del tiempo*"...

Pero la Corona insiste en que sólo una vez realizadas las reparaciones de la fortificación medieval existente se podrían afrontar nuevas obras. A partir de 1677 comienza el proceso de construcción de un nuevo cinturón amurallado que sustituirá progresivamente a la vieja cerca medieval. El impulso definitivo fue el nombramiento en 1688 del Conde de Montijo como Capitán General.

La construcción de la nueva muralla abaluartada se realizó en varias fases de forma secuencial, comenzando en un primer momento por el entorno de la antigua puerta de la Trinidad, sin duda el lugar más expuesto a las nuevas formas de hacer la guerra. En este lugar, e intramuros de la cerca medieval, se encontraba el convento de los Trinitarios, uno de los más antiguos de Badajoz. Y los alternativos proyectos para derribarlo —lo que no dejaría tan expuesto ese sector a la artillería enemiga— o conservarlo intramuros de la nueva muralla fueron constantes. Hasta tres posibles trazados de la muralla en este tramo aparecen en el plano de Luis de Venegas de 1677, aunque ninguno de ellos se llegó a ejecutar, pues finalmente se llevó a cabo el diseño de Francisco Domingo de 1679, que mantuvo el convento en el interior de la muralla y trasladó la puerta de la Trinidad al flanco del nuevo baluarte, en lo que supuso uno de los errores más evidentes en el diseño de la fortificación de Badajoz.

Posteriormente se emprendió la reforma de la muralla entre el nuevo baluarte de la Trinidad y la alcazaba islámica. El diseño de este tramo contemplaba el retranqueo de la muralla, por lo que durante su ejecución fue preciso derribar el caserío que conformaba el barrio de San Salvador y el tramo de muralla medieval preexistente. La antigua puerta de Mérida de la cerca medieval fue igualmente trasladada a el nuevo trazado más hacia el interior; en su portada se colocaron los escudos de Carlos I, procedente de la antigua puerta, y el del Conde de Montijo —no sin una dura pugna con el Concejo, que deseaba poner el escudo de la ciudad.

A partir de ese momento se emprendió la reforma de la parte sur de la fortificación, con la intervención destacada del ingeniero militar Francisco Domingo en casi todas las obras. La antigua cerca medieval fue dejando paso poco a poco a **baluartes** y **cortinas** de nuevo cuño, bautizados con nombres procedentes del santoral, como era tradición. Aún durante el mandato del Conde de Montijo se terminó el baluarte de Santa María y se levantaron los baluartes de San Roque y San Juan, junto con las cortinas que los unen.

En este último tramo, en la cortina de San Juan que une este baluarte con el de San Roque, se edificó la puerta del Pilar, de nueva obra; que debe su nombre a la imagen de la zaragozana Virgen del Pilar situada en la capilla de la portada interior. Esta puerta vino a sustituir a la antigua puerta medieval de Santa Marina, situada al final del eje conformado por las actuales calles San Juan, Obispo San Juan de Ribera y Pedro de Valdivia, a las que daba continuidad como puerta principal de la ciudad que era. La razón de la recolocación de la puerta en su nuevo emplazamiento hay que buscarla en que todos los tratados de fortificación propugnaban la colocación de las puertas en las cortinas, para poder ser defendidas desde los baluartes adyacentes. Además, la presencia del fuerte de Pardaleras, en las alturas por delante de la puerta, facilitaba también su protección. En este fuerte se intervino, también con la participación de Francisco Domingo, a partir de 1679, pues su estado era por entonces lamentable, como había recogido Luis de Venegas en su informe.

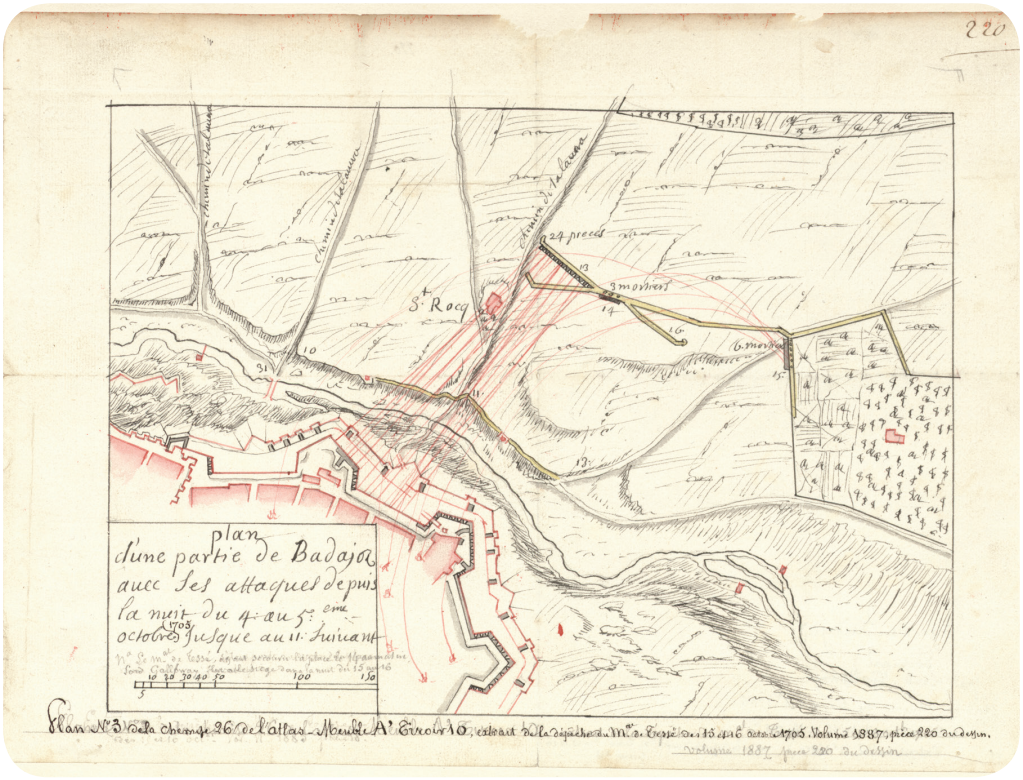
El nombramiento en 1692 del Marqués de San Vicente como nuevo Capitán General abrió una nueva etapa en la construcción de la muralla. Bajo su mandato se terminó el cinturón amurallado desde el baluarte de Santiago hasta el de San Vicente (que debe su nombre al propio Marqués), con el de San José entre ambos. En la construcción del baluarte de San Vicente se eliminó la antigua puerta medieval del Embarcadero, aunque los sillares que la formaban aún se mantienen en la actual poterna de San Vicente.

Aunque restaban muchas obras por terminar, como la excavación de los fosos, el terraplenado casi completo de la muralla o la construcción del camino cubierto, el cinturón amurallado de Badajoz podía darse por concluido. Únicamente el frente orientado al Guadiana no contaba con obras abaluartadas, manteniéndose casi en su totalidad el trazado de la cerca vieja, debido a que el propio río, así como las defensas exteriores del hornabeque y el fuerte de San Cristóbal aseguraban la defensa de este sector.

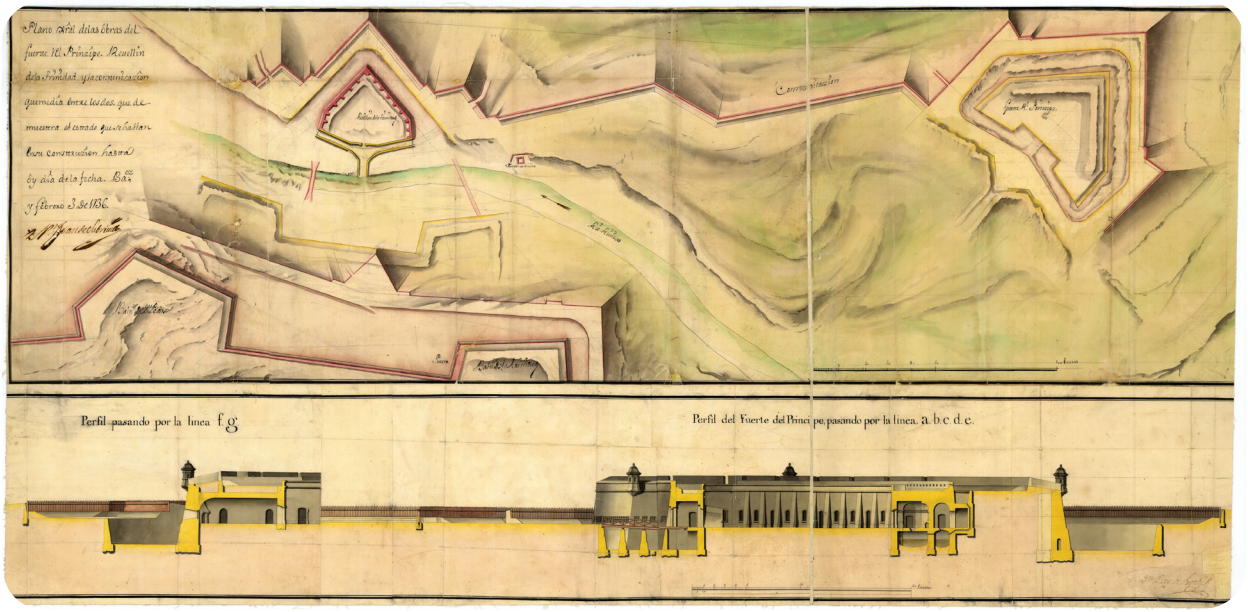
En esos años aparecen también los proyectos de construcción de los primeros cuarteles estables para la guarnición, pues hasta ese momento no había espacios específicos para ese fin, debiendo el vecindario albergar a su costa a los soldados y oficiales. El primer cuartel que se construyó fue el de Caballería de Santo Domingo, proyectado por Francisco Domingo en 1679. Situado en la manzana delimitada por las actuales calles Menacho y Fernández de la Puente, tenía capacidad para 150 caballos. Fue el primero de una larga serie de cuarteles para las diversas armas que se han levantado en el interior de la ciudad.

Quedaba Badajoz relativamente bien fortificada, aunque los sucesivos informes de los ingenieros militares, como el de Ruesta de 1698 o los informes militares franceses de principios del siglo XVIII insistieran en sus defectos de diseño y construcción, algo que será una constante en los informes sobre Badajoz emitidos a lo largo de los siglos XVIII y XIX.

03. La primera mitad del siglo XVIII: los grandes proyectos.







El siglo XVIII fue el definitivo para la construcción y conformación del cinturón amurallado de Badajoz. Los errores constatados en el diseño y construcción de los años anteriores trataron de ser reparados con sucesivos proyectos de los mejores ingenieros militares de la época, que invariablemente tenían Badajoz como uno de los destinos casi obligados en su carrera profesional.

A comienzos de este siglo estalló la Guerra de Sucesión Española. Badajoz, que tomó partido por el aspirante borbónico, se convirtió de nuevo en objetivo de primer orden para el ejército austracista, como estación de paso obligada para llegar desde Portugal hasta Madrid. En este marco se encuadran los diferentes planos e informes franceses de 1704 y 1705 sobre la fortificación de Badajoz, sus necesidades y mejoras urgentes. La fortificación carecía de **revellines** entre los baluartes y el terraplenado interior de la muralla no había concluido.

Finalmente, en 1705 se produjo el temido asedio a Badajoz, y los defectos de la fortificación salieron a relucir, especialmente en el sector este —baluartes de la Trinidad y San Pedro—. Desde la orilla derecha del río Rivillas y las alturas de la Picuriña se dominaban estos dos baluartes, por lo que el ataque se dirigió a este sector. La zona de San Pedro fue muy castigada por los bombardeos e incluso se llegó a abrir una brecha practicable para el asalto, pero la llegada del ejército de socorro del Mariscal de Tessé a la ciudad defendida por tropas españolas y francesas forzó el levantamiento del asedio.

A partir de esta experiencia, se tuvo conciencia de que la fortificación de Badajoz debía reformarse, para impedir que desde los “padrastros” o elevaciones que circundan la ciudad se dominara su interior. Además, la mala calidad de los materiales empleados en la construcción de la muralla —una queja constante a lo largo de los siglos— provocó que su estado de conservación fuera muy deficiente, por lo que se requerían obras de consolidación.

Los sucesivos informes redactados por ingenieros militares en los siguientes años —Jorge Próspero Verboom, Pedro Sansón des Allois, Diego de Bordick…— exponen las necesidades de reforma urgente para poner a la plaza en estado de defensa.

Muchas de las exigencias expuestas en estos informes se refieren al sector desde el baluarte de la Trinidad hasta la desembocadura del Rivillas, la zona más expuesta de la fortificación. Aunque los ingenieros difieren en las soluciones concretas propuestas, todos coinciden en señalar la necesidad urgente de avanzar las defensas hacia la otra orilla del río Rivillas, así como fortificar las alturas de la Picuriña y mejorar el fuerte de Pardaleras.

Sin duda, uno de los informes más precisos y realistas de la situación de la fortificación de la ciudad se debe a Diego de Bordick, que en 1723 relató en su *Relación que manifiesta el estado de las fortificaciones de la plaza de Badajoz* todos los defectos y necesidades de la fortificación. Su primera propuesta es el derribo total, incluyendo los fuertes exteriores y la alcazaba, y su sustitución por otra de nueva planta que se adaptara mejor al terreno y a las necesidades de la defensa de la plaza. Como alternativa –reconociendo los elevados gastos que lo anterior supondría– propone reparar los defectos de la plaza, entre los que cita la propia traza, el tamaño reducido de los baluartes, la mala calidad de sus cimientos o la ausencia aún de un foso y un camino cubierto avanzado. También señala Bordick la inexistencia de revellines entre los baluartes para defender las cortinas.

En los siguientes años se llevaron a cabo obras menores, a la espera de mejores condiciones políticas y económicas, que llegaron a partir del año 1735. Se produce una sucesión de proyectos, debates y revisiones de proyectos para darle a la ciudad una fortificación de mejor factura. El primer gran diseño para Badajoz fue el *Proyecto General para la Plaza de Badajoz*, de Diego de Bordick, de 1735. Es el más ambicioso proyecto de fortificación que ha tenido la ciudad a lo largo de su historia.

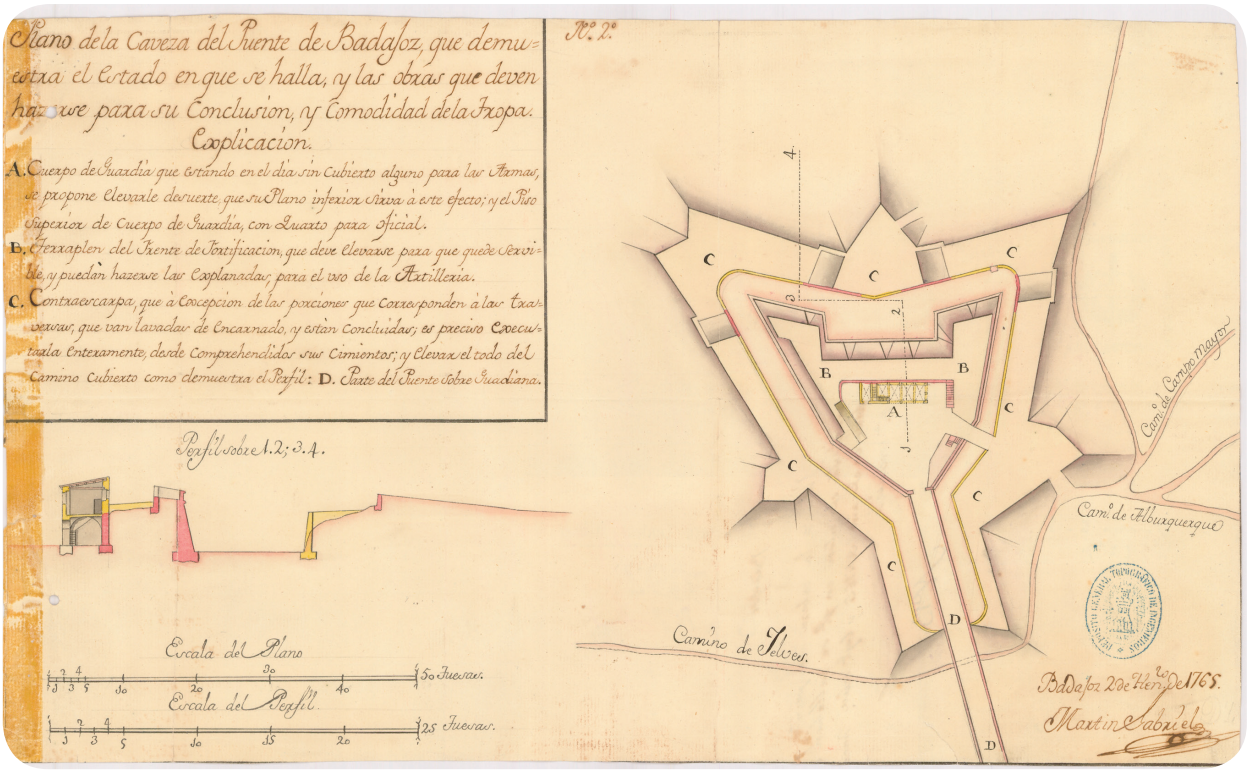
Este ingeniero propone una fortificación inspirada en las enseñanzas del Marqués de Vauban. El recinto preexistente se mantenía con algunos retoques, como el ensanchamiento de los baluartes o la construcción de **orejones** en algunos flancos. Pero la novedad del diseño está en sus defensas avanzadas, que conforman un segundo recinto amurallado concéntrico con el existente. De esta forma se obstaculizaba el avance enemigo sobre el recinto principal de la plaza. Esta segunda línea de defensa estaba formada por dos tipos de elementos: las **contraguardias** que protegían los baluartes y los denominados “martillos”, de su invención, que protegían las cortinas. Bordick también planteaba la necesidad de construir una nueva línea defensiva en la orilla derecha del Rivillas, así como tres fuertes exteriores: el fuerte del Príncipe o de la Picuriña, el de San Felipe (sustituyendo al de Pardaleras), y el de Santa Isabel, avanzado al baluarte de San José. En la margen derecha del río proyectó sustituir el fuerte de San Cristóbal y el hornabeque del puente por una nueva línea defensiva fortificada que ocupara todo el terreno entre ambos. Finalmente, Bordick consideró imprescindible sustituir la vieja alcazaba árabe por una moderna ciudadela abaluartada pentagonal.

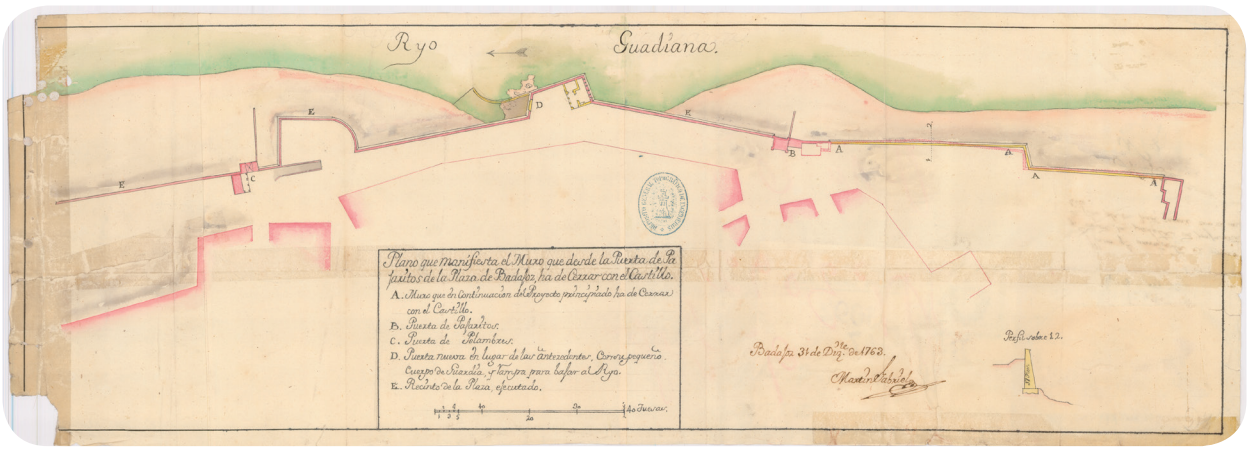
Aunque el proyecto fue aprobado, las críticas de otros ingenieros militares provocaron una larga serie de revisiones y modificaciones en el proyecto. Se le achacó un sobredimensionamiento de la fortificación, lo que conllevaba unos gastos exorbitantes. Sucesivamente, el proyecto de Bordick fue reformado entre otros por los ingenieros Pedro Moreau, Gerónimo Amici, Juan de Subreville, Juan de la Ferriere e Ignacio de Sala, cada uno de los cuales introdujo modificaciones en los anteriores. Algunos aspectos se mantenían, como la construcción del fuerte de Picuriñas, la mejora del fuerte de Pardaleras o la conversión en ciudadela de la alcazaba, pero la mayoría de ellos optó por simplificar y adaptar lo propuesto por Bordick a las condiciones reales de la ciudad.

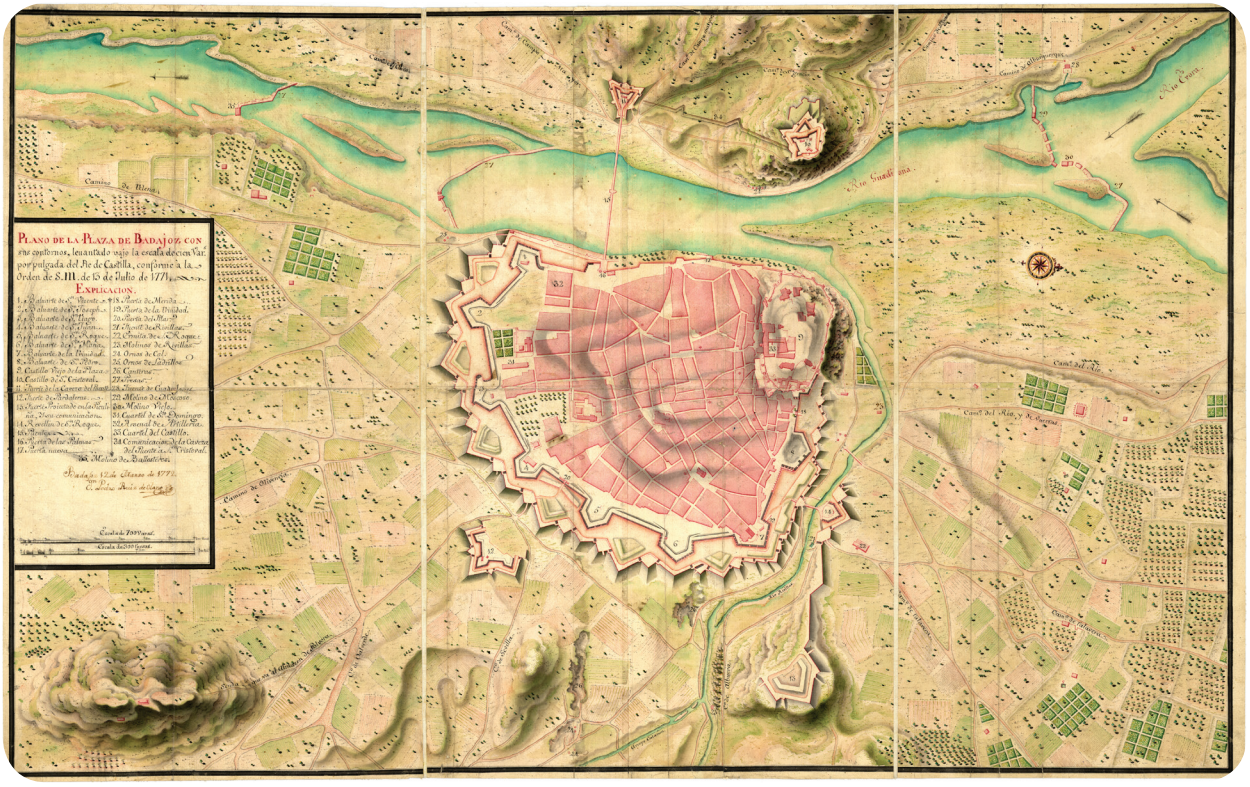
La situación política volvió a cambiar al entrar España en guerra con Inglaterra en 1739 y los grandes proyectos para Badajoz quedaron arrinconados y olvidados. Tan solo se emprendieron algunas obras absolutamente necesarias, como la fortificación del fuerte de Picuriñas, el revellín de la Trinidad o el orejón en el baluarte de Santiago.

La situación de la ciudad al final de este proceso muestra que los baluartes contaban con revellines en sus cortinas, aunque no eran más que simples montones de tierra apisonada. Los fosos y caminos cubiertos estaban en proceso de construcción, mientras que la alcazaba, pese a todos los proyectos previos, no se convirtió en ciudadela abaluartada por lo costoso de las obras, aunque sí se transformó en un recinto prácticamente ocupado en su totalidad por el estamento militar (cuarteles, almacenes, depósitos, polvorines, hospitales...).

04. Las mejoras de la segunda mitad del XVIII: el proyecto de Ruiz de Olano.







Tras los grandes proyectos para la fortificación de Badajoz de la década de los años 30 del siglo XVIII, la entrada de España en nuevos conflictos bélicos ocasionaron que la atención del poder se desviara de la zona fronteriza con Portugal, lo que ocasionó la paralización de las obras casi por completo.

A pesar de ello, los trabajos en la fortificación de Badajoz continuaron de manera intermitente. En 1750, Antonio de Gaver analizó la situación de la ciudad y sus fortificaciones, informando de algunos progresos en la construcción de la muralla. Así, indica que en el frente entre los baluartes de San Juan y de San Vicente ya había revellines, dos de los cuales estaban revestidos hasta una altura de una toesa, unos dos metros. Además asegura que tanto la contraescarpa como el camino cubierto que circundaban el foso de la fortificación eran de buena calidad, por estar recientemente fabricadas.

En cuanto a las obras exteriores, tanto San Cristóbal como el fuerte de Pardaleras se encontraban en muy mal estado. El fuerte de Picuriña (y el camino cubierto que lo comunicaba con el revellín de la Trinidad y el cuerpo principal de la plaza), empezado a construir 15 años atrás —1735— se encontraba aún en obras.

Nuevos acontecimientos bélicos vendrían a impulsar otra vez los planes para la mejora de la fortificación de la ciudad. La Guerra de los Siete Años (1756-1763), en la que España y Portugal se encuadraban en bandos contrarios, pusieron de nuevo a Badajoz en la primera línea del contienda. Y por tanto fue preciso destinar nuevos medios humanos y económicos a reforzar la fortificación de Badajoz, no solo en cuanto a las murallas en sí, sino también en todo lo relativo a construcción de acuartelamientos, almacenes, polvorines, y todo tipo de instalación auxiliar para la guarnición de la ciudad.

Un papel fundamental en esta nueva etapa jugó el ingeniero militar Martín de Gabriel, a quien debemos muchos de los proyectos de esta época, aunque no siempre llevados a cabo. Destacan sus propuestas para el sector suroeste —entre los baluartes de Santiago y San Vicente— o en el sector del río, incluyendo el puente de Palmas y el hornabeque de la cabeza del puente. Sin olvidar sus trazas para cuarteles en el interior de la ciudad, como el cuartel de San Pedro, en el castillo, o sus proyectos de reforma del fuerte de Pardaleras.

Uno de los sectores donde más trabajó fue en el frente del río, que mantenía casi en su totalidad la configuración original de la vieja cerca medieval. Es ahora cuando se interviene en los dos tramos a ambos lados de la Puerta de Palmas, construyéndose hacia 1764 el **semibaluarte** de Palmas y remodelándose la muralla entre la Puerta de Palmas y la alcazaba. Las intervenciones más importantes fueron la construcción de la **batería** de Pelambres o del Redondo y la apertura de una nueva puerta en la muralla, la llamada Puerta Nueva, cuya finalización está datada en 1765. Este acceso al interior supuso la pérdida de esa función para dos antiguas puertas de la muralla medieval: las de Pelambres y Pajaritos.

Otra de las obras proyectadas por Martín de Gabriel fue la reforma en 1765 del hornabeque de la Cabeza del Puente, que aún conservaba su configuración de mediados del siglo XVII. De Gabriel propone su ampliación y dotarlo con un cuerpo de guardia para el control de la puerta de San Vicente, además de un camino cubierto de protección.

Uno de los factores que condicionó las obras en la fortificación de la ciudad fueron las condiciones climatológicas, unidas a la mala calidad de los materiales empleados con anterioridad. Las fuertes lluvias de los años 1762 y 1766 ocasionaron derrumbes y corrimientos de tierra en distintas zonas de la ciudad, incluyendo parte de la muralla almohade de la alcazaba, debiendo reconstruirse con urgencia (la llamada Brecha de las Aguas). Cuatro años después, de nuevo las fuertes lluvias y la riada posterior del río Rivillas arruinaron buena parte del baluarte de la Trinidad y sus obras exteriores adyacentes. En ambas ocasiones redactó y firmó los proyectos de reconstrucción el ingeniero Pedro Bordan.

Pero si un ingeniero ha dejado su impronta en la fortificación de Badajoz en este periodo es Pedro Ruiz de Olano. Su informe de 1772: *Relación de consistencia y estado actual de la Plaza de Badajoz* proporciona una visión detallada de la situación de la fortificación. Después de efectuar un realista diagnóstico de la muralla, en línea con lo expresado por otros autores antes y después de él, Ruiz de Olano presenta su propuesta para la reforma de la plaza, que pasaba por dotar a toda la muralla de un nuevo revestimiento para hacerla más resistente.

Este engrosamiento propuesto debía ser de seis pies —aproximadamente 1,67 metros— en el muro de los baluartes, mientras que en las cortinas podría reducirse a 5 pies — aproximadamente 1,40 metros—. De esta forma los flancos de los baluartes avanzaban sobre las cortinas, disminuyendo su excesiva longitud, otro de los errores observados en su informe. A su vez, estos engrosamientos en los flancos de los baluartes debían hacerse de forma abovedada, para así permitir la construcción en su interior de **casamatas** con aspilleras para fusilería, las conocidas como “galerías de fusileros”.

Respecto a las obras exteriores, Olano creía en la necesidad de derribar tanto el fuerte de San Cristóbal como el de Pardaleras y edificar obras nuevas más capaces de resistir el avance enemigo. También era partidario de abandonar la construcción del fuerte de la Picuriña puesto que el lugar donde se asienta quedaría perfectamente cubierto con el nuevo fuerte de Pardaleras proyectado

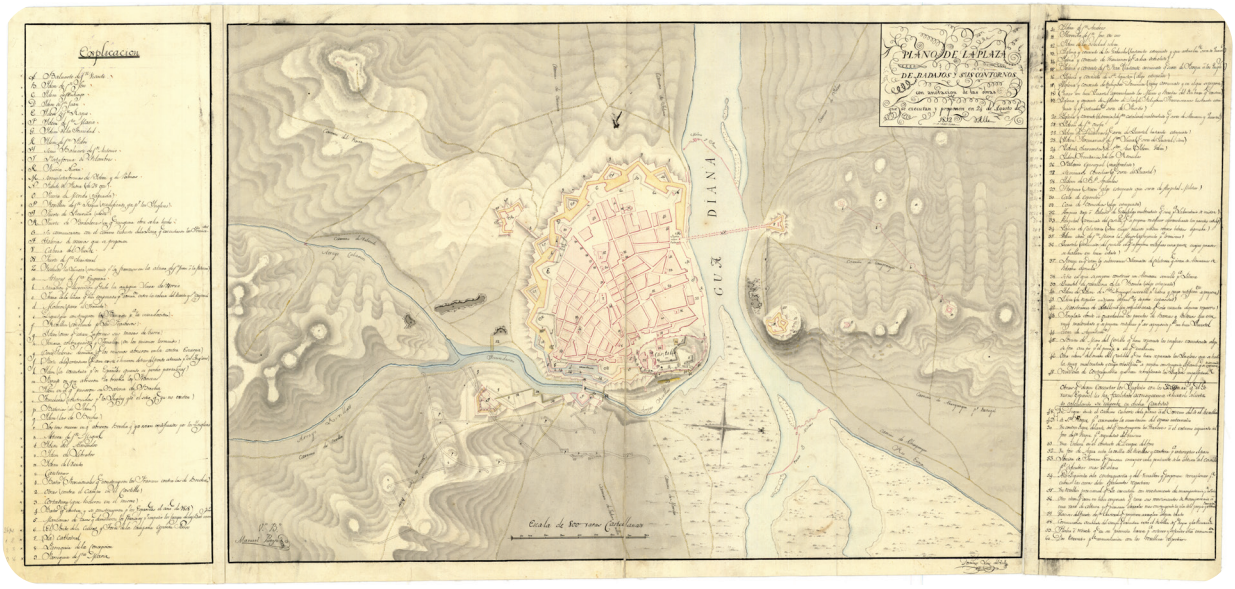
El proyecto de Olano se llevó a cabo en gran medida, como puede observarse en el engrosamiento de muchos de los muros de la fortificación actual. Las galerías de fusileros contempladas se construyeron en los años siguientes en los baluartes de San Pedro, Santa María (2), San Roque, San Juan, San José (2) y San Vicente.

Al finalizar el siglo XVIII la fortificación tenía los **terraplenes** prácticamente terminados, varios baluartes y cortinas engrosados según el proyecto de Olano, la contraescarpa y el camino cubierto construidos y, en definitiva, en un estado aceptable de defensa. Sin embargo, aún subsistían muchos defectos en la fortificación, que todos los informes de ingenieros militares de finales del XVIII o principios del XIX recogen, como los de Manuel Pueyo, Blas Zappino, Fernando Gaver o José de Ampudia. También los informes de los ingenieros franceses de 1807, que indican que su estado de defensa era mediocre. Tanto las virtudes como los defectos serían puestos a prueba al cabo de pocos años, en la Guerra de la Independencia Española.

05. Daños y reparaciones en los asedios de la guerra de la Independencia.







Tras la Guerra de las Naranjas (1801), en la que no intervino ni sufrió ataque la fortificación de Badajoz, el siglo XIX comenzó con la Guerra de la Independencia Española (1808-1814), que puso a prueba la capacidad defensiva de la plaza. Dentro de las operaciones bélicas desarrolladas por el ejército napoleónico para conquistar Portugal, Badajoz se convertirá en uno de los teatros de operaciones fundamentales, llegando a sufrir hasta cuatro asedios en el periodo entre 1811 y 1812.

Varios informes y presupuestos son presentados en los primeros momentos del conflicto con el fin de conocer el estado real de las fortificaciones. Varios informes abundan también en la necesidad de mejoras en la fortificación, siendo los más completos los firmados por Fernando de Gabriel y Manuel Pueyo en 1810.

En ambos documentos se expone la necesidad de fortificar de forma adecuada los padrastros o elevaciones que circundan la ciudad y adecuar las defensas del castillo. Se insiste en la urgencia de fortificar otras alturas cercanas a la plaza como las del cerro del Viento, el cerro de San Juan o la denominada Línea de Berwick de 1705. Además, Pueyo proponía eliminar las numerosas construcciones extramuros que podían ser utilizadas por el enemigo para cubrirse.

El ejército francés se presentó ante la plaza en enero de 1811 con intención de asediarla y tomarla. Los defensores habían trabajado hasta el último momento en las obras de perfeccionamiento de Pardaleras y la Picuriña. Pero la plaza estaba en un estado desigual, con partes de la fortificación en buen estado, como la contraescarpa, el camino cubierto o la estacada; y otras a medio hacer, principalmente los revellines, tenazas o la contraguardia, que constaban tan solo de tierra apisonada o directamente eran simples montones de tierra.

Las obras francesas del asedio partieron desde tres puntos del exterior de la ciudad, para irse concentrando, tras la toma del fuerte de Pardaleras, en la cortina de Santiago, hacia donde dirigieron sus baterías de brecha.

Los defensores españoles y portugueses no pudieron hacer nada salvo levantar obras defensivas de circunstancias, como **traveses**, **cortaduras** o **espaldones** que dificultaran la toma de la ciudad en un hipotéti-

co asalto a la brecha de Santiago. Pero este asalto no llegó a producirse, ya que la guarnición de la ciudad rindió Badajoz el 10 de marzo de 1811. Los destrozos principales en la fortificación se localizaban en el baluarte de Santiago y su cortina —donde aún hoy son visibles numerosos impactos de artillería— y sobre todo en el fuerte de Pardaleras, reducido prácticamente a escombros.

El ejército napoleónico se aplicó en obras de reconstrucción y mejora de la fortificación. Pueden destacarse el cierre de la brecha de Santiago, la reconstrucción apresurada de Pardaleras, la excavación de galerías y pozos de minas en el sector entre los baluartes de Santiago y San Vicente o la construcción junto al revellín de la Trinidad de una represa en el río Rivillas que inundaba el foso hasta casi el baluarte de Santa María.

La finalidad de obras tan apresuradas no era otra que intentar poner la fortificación en el mejor estado posible, ante el más que probable contraataque aliado, que se produjo efectivamente tan solo dos meses después. Dos asedios separados por la Batalla de La Albuera —16 de mayo de 1811— se sucedieron entre mayo y junio, si bien el primero no pasó de ser una mera tentativa.

Durante el segundo de los asedios de estos meses, mayo-junio de 1811, el ejército aliado, compuesto fundamentalmente por tropas británicas, dirigió su ofensiva hacia dos puntos concretos de la fortificación: el fuerte de San Cristóbal y la alcazaba. El plan consistía en tomar San Cristóbal para desde allí forzar la rendición de la plaza. El ataque a la alcazaba tuvo una misión de distracción del objetivo principal.

Por tanto, los ataques se dirigieron a intentar abrir brechas en ambos lugares. Tras días de intenso cañoneo se lograron varias brechas practicables tanto en San Cristóbal como en la Alcazaba. Se produjeron dos intentos fallidos de asalto al fuerte, por lo que el ejército británico de Wellington optó por levantar el asedio y retirarse.

El ejército francés contó así con nueve meses para mejorar la fortificación y reparar los daños causados. Se reforzó el fuerte de San Cristóbal, reconstruyendo las brechas de la escarpa, profundizando el foso, elevando el camino cubierto y la explanada y revistiendo la nueva contraescarpa resultante. Además, en el cerro donde los británicos habían puesto sus baterías de asedios se levantó una luneta avanzada, llamada de Werlé o de San Juan.

En la alcazaba se edificó un nuevo muro donde se había abierto la brecha, se elevaron las baterías de la cara del semibaluarte de San Antonio y se construyó una cortadura atravesando toda la alcazaba. Por otra parte se repararon los desperfectos generales del recinto amurallado.

En este estado la fortificación tuvo que resistir un nuevo y definitivo asedio en marzo-abril de 1812. En esta ocasión los británicos corrigieron el objetivo de sus baterías, que se dirigieron al frente más desguarnecido, el sureste, entre los baluartes de la Trinidad y Santa María. Fue necesario tomar en primera instancia el fuerte de la Picuriña, que quedó prácticamente arrasado. Cuando por fin fue tomada la ciudad al asalto, el 6 de abril de 1812, los destrozos en toda la fortificación eran muy significativos, pero especialmente en el baluarte de la Trinidad y el baluarte y cortina de Santa María, aunque los daños, incluyendo impactos de artillería hasta en la contraescarpa, eran perceptibles en numerosas zonas de la muralla, siendo visibles incluso hoy día.

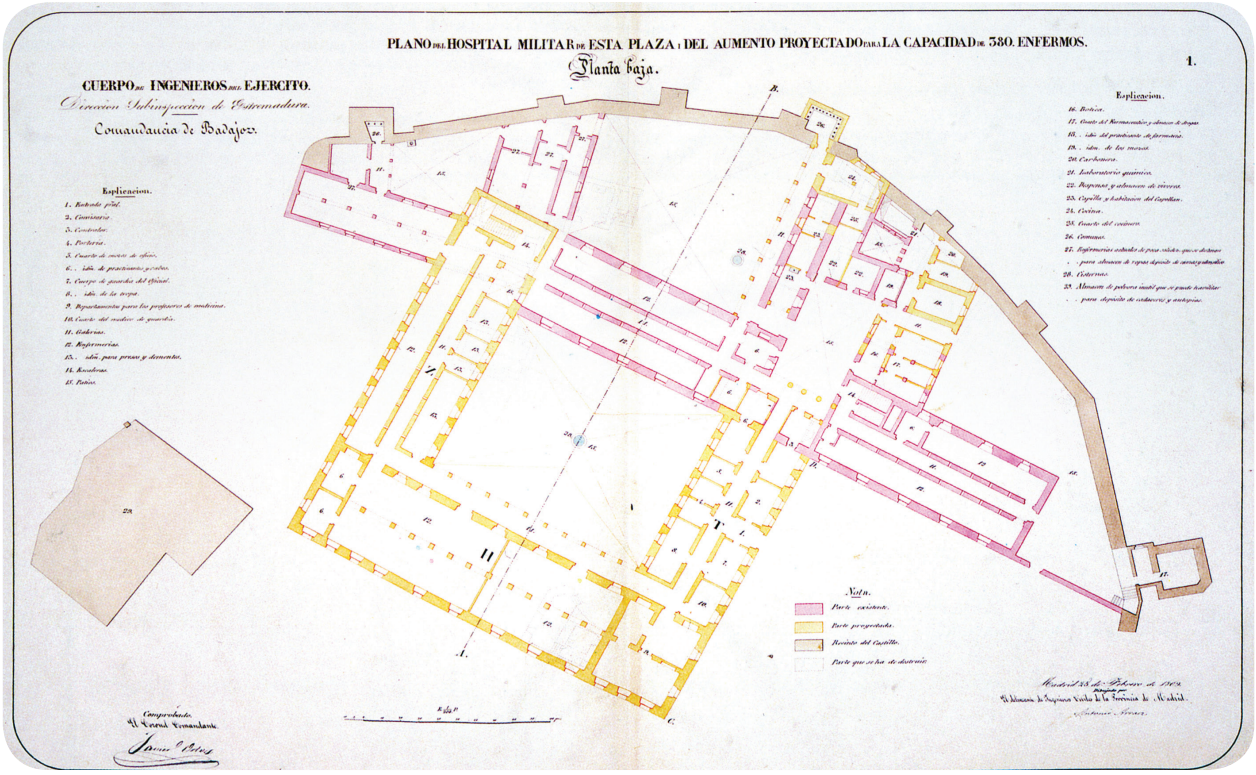
Rápidamente comenzaron las operaciones para remediar los destrozos y reconstruir las partes dañadas, que fueron realizadas tanto por tropas británicas como españolas. Todas esas obras se recogen detalladamente en el plano del ingeniero militar Domingo Luis del Valle, de agosto de 1812. Entre las obras destacan el cierre de las tres brechas abiertas durante el asedio (lo que hizo desaparecer la galería de fusileros del flanco izquierdo de Santa María) y la reconstrucción del fuerte de la Picuriña y el revellín de la Trinidad.

Sobre la situación dibujada por Del Valle se desarrollarán los proyectos de la segunda mitad del siglo XIX, cuando el valor estratégico de una fortificación como la de Badajoz comenzó a declinar ante el imparable aumento del alcance de la moderna artillería.

06. La muralla en el XIX.







Al término de la Guerra de la Independencia Española se hicieron en la fortificación las reparaciones más urgentes para cerrar las brechas y recomponer lo más dañado. Pero la endémica falta de fondos para acometer la reparación y puesta en estado de defensa de la plaza hizo que poco a poco muchos de los elementos fueran arruinándose por el simple paso del tiempo. Esta situación no era un problema únicamente de Badajoz, pues todas las fortificaciones españolas de la frontera hispano-portuguesa estaban en situación similar.

Badajoz perdía valor poco a poco como plaza fuerte amurallada. Esta pérdida era sustituida por la cada vez mayor importancia de la ciudad como base de diferentes regimientos —infantería, artillería y caballería—. Pasó así de ser fundamental por sus murallas, por su fortificación, a ser significativa por la guarnición que albergaba. Badajoz fue transformándose en base de operaciones de cara a posibles conflictos armados.

Esto hizo que se prestara cada vez más atención al acondicionamiento de cuarteles e instalaciones militares de apoyo para los regimientos establecidos en la ciudad, mientras que la fortificación de la ciudad sufría un declive casi imparable por la falta de fondos. Este proceso que se agudizó a partir de 1835, con la Exclaustración General y la Desamortización posterior, que provocó que tres de los grandes conventos de la ciudad pasaran a manos del Ministerio de la Guerra, que los transformó en cuarteles —los cuarteles de San Francisco, San Agustín y Santo Domingo—. Además se construyeron y habilitaron toda una serie de almacenes, talleres, cuadras, polvorines, etc., diseminados por toda la ciudad, a lo que habría que sumar a partir de mediados de siglo la construcción del Hospital Militar en el interior de la alcazaba. Los informes sobre el estado de la ciudad ya no se referirán en exclusiva a la fortificación, sino que incluirán los edificios militares de la ciudad.

La fortificación recibió progresivamente menos atención, presentando un aspecto gradual de abandono. Las obras que se producen son prácticamente de mantenimiento. Antes de la mitad del siglo se produce el cambio de diseño del tenazón de la cortina de la Trinidad por una tenaza en ángulo entrante, similar a la Brecha de las Aguas de la alcazaba. También el frente del río, entre la Puerta de Palmas y la batería del Redondo cambia de fisonomía, mientras que la comunicación entre el fuerte de Pardaleras y la fortificación principal pasa a convertirse en una caponera doble, provista de terraplén a ambos lados.

La única obra de cierta envergadura fue la conclusión del inacabado baluarte de Santiago. Hacia 1860 se construyó una nueva escarpa en la cara y flanco izquierdo, que mantenía el trazado desde el siglo XVII. El muro antiguo se utilizó para dar consistencia al terraplén, mientras que en el espacio resultante en el flanco entre ambos muros se construyó una batería acasamatada, el actual Museo del Carnaval.

Pero todavía en esta época se redactan proyectos, los últimos, para mejorar las defensas de la plaza. Casi todos ellos inciden en la necesidad, más que de rehacer o modificar el recinto principal, de reconstruir las defensas exteriores de modo adecuado a las nuevas técnicas de guerra. Muchos de estos informes y proyectos, redactados entre 1821 y 1879, insisten en dotar a la plaza de nuevos fuertes exteriores que sustituyan a los existentes, con el fin de detener el avance enemigo más lejos de la fortificación principal.

Sin embargo, ninguno de los proyectos contemplados en los informes terminaría por llevarse a cabo. Antes al contrario, empezó un incipiente aunque imparable proceso de ocupación de espacios de carácter militar por parte de la sociedad civil. El primer ejemplo, en fecha tan temprana como 1818, tan solo seis años después de la Guerra de Independencia, fue el proyecto de Antonio de Arrambide para la ocupación del interior del baluarte de San Roque con una plaza de toros, que ya aparece como terminado en 1824.

También la luneta de San Juan fue utilizada durante algunos años, en la década de los años 30, como camposanto, una vez abandonados los terrenos de la alcazaba utilizados para este fin, mientras que el camino hacia Sevilla rompió la línea de comunicación entre el fuerte de Picuriñas —ya prácticamente abandonado— y el revellín de la Trinidad, en la actual calle Santo Cristo de la Paz. En la cortina de San José, en la actual avenida de Colón, se abrió a finales de siglo una poterna de acceso al interior de la ciudad para que las reses con destino al matadero pudieran acceder a él de forma directa, la conocida como Poterna del Matadero.

Pero donde más puede apreciarse este proceso es en el hornabeque de la Cabeza del Puente. Si durante más de dos siglos la única forma de entrar en la ciudad desde la orilla derecha del Guadiana fue a través de la puerta de San Vicente, la llegada de la línea férrea a la ciudad hizo necesaria una vía de comunicación más directa entre la nueva estación de ferrocarril y el interior de la ciudad. Por ese motivo se emprendió una reforma del puente en 1868 para que, prolongando su tablero, se lograra atravesar el hornabeque a la altura del parapeto en su cortina central y enlazar con el camino a la estación. Esta obra supuso el final implícito de la función militar del hornabeque, aunque se construyó una rampa de comunicación entre el tablero del puente y la puerta de San Vicente.

Otro cambio radical en la función de la fortificación de la plaza tuvo lugar en el fuerte de San Cristóbal. Una vez perdida su importancia estratégica, y desechados todos los proyectos de reforma y mejora de sus defensas, las instalaciones del fuerte comenzaron a utilizarse para albergar a los jefes y oficiales arrestados, por lo que fue necesario construir edificaciones en su interior para alojarlos, lo que se hizo mediante

sucesivas reformas y ampliaciones hasta final de siglo. En 1889 se procede al desartillado completo del fuerte.

Las murallas abaluartadas se revelaron en esta época absolutamente obsoletas e inservibles ante los constantes avances de la artillería, como tuvo ocasión de comprobarse en las últimas guerras europea del XIX. Muchas ciudades europeas, y también españolas, consideraron la posibilidad de derribar por completo las murallas ante su manifiesta inutilidad, llevándolo algunas a la práctica en mayor o menor grado. Ciudades como Valencia, Barcelona, San Sebastián, Viena, etc. vieron cómo sus murallas desaparecían en estos años. También en Badajoz comienzan a alzarse voces que piden el derribo total de las murallas, desde el baluarte de Santa María al de San Vicente, con el fin de liberar terrenos para el necesario ensanche de la ciudad. La primera solicitud, realizada en 1881, fue elevada por el Ayuntamiento de la ciudad. Y aunque fue rechazada, fue el inicio de un largo proceso de disputa entre las administraciones civil y militar, pero también entre partidarios de la conservación y el derribo —la mayoría de la población— que se prolongará e intensificará en años posteriores.

07. Desmilitarización de la muralla. Su inclusión en los Proyectos urbanísticos.







El siglo XX comienza para la fortificación de Badajoz con debates enconados acerca de la inutilidad de la muralla, mientras se aceleraba el deterioro de muchas de sus partes. La opinión mayoritaria de la ciudadanía abogaba por el derribo incluso total de la fortificación, por ser un elemento que constreñía el desarrollo urbanístico de la ciudad. El valor patrimonial o cultural otorgado a las murallas es nulo y, salvo algunas excepciones, no será hasta el último cuarto de siglo cuando ese valor sea cada vez más difundido y aceptado por la población.

A principios de siglo la ciudad había comenzado a desbordarse extramuros, especialmente en los incipientes barrios de San Fernando —alrededor de la estación de ferrocarril— y San Roque. La primera rotura de la muralla principal se produjo en 1905, al abrirse los pasos laterales en Puerta Palmas para facilitar el tráfico rodado. En la alcazaba, para facilitar igualmente el acceso, se demolió 1914 la puerta de Carros, por el expeditivo método de volarla.

El Ministerio de la Guerra comenzó, a partir de 1919, la construcción del primer cuartel extramuros, el Cuartel de Menacho. Para comunicarlo con el cuartel de la Bomba, en el baluarte de San Juan, se habilitó una rampa que colmató el foso.

Los debates sobre la conveniencia de los derribos fueron constantes en el primer tercio del siglo, solicitándose en numerosas ocasiones el derribo de tramos completos de la muralla para facilitar el desarrollo urbanístico de la ciudad. La declaración de la fortificación de Badajoz como Monumento Nacional en 1931

parecía asegurar su conservación, pero esta premisa solo se aplicó a la alcazaba y no a la fortificación abaluartada completa.

Ese mismo año se abrieron los primeros portillos de paso con la zona extramuros, como el que permitía la comunicación con el barrio de San Roque, en el baluarte de la Trinidad. Posteriormente se abrieron también portillos en la cortina de Santiago —la actual avenida de Huelva— y en la cortina de San José —actual avenida de Colón—.

En 1934 el Ministerio de Defensa cedió finalmente al Ayuntamiento toda la fortificación de la ciudad, incluyendo murallas, fosos, caminos cubiertos, explanadas y fortines exteriores, con las únicas excepciones del fuerte de San Cristóbal, el Hospital Militar y el cuartel de la Bomba, en el interior del baluarte de San Juan. Enseguida se agilizaron los derribos y reformas para transformar esos primeros portillos de 1931 en vías de comunicación amplias con el exterior, incluyendo el derribo de murallas y la colmatación de fosos, caminos cubiertos y explanadas en las tres brechas abiertas.

Paralelamente se inició un proceso para establecer el Plan de Ensanche de Badajoz que habría de regir los destinos del desarrollo urbanístico de la ciudad en las siguientes décadas. Sobre las propuestas presentadas a este Plan, el arquitecto municipal Rodolfo Martínez elaboró en 1935-1936 una síntesis que contemplaba la conservación en su mayor parte del cinturón amurallado y la apertura de vías de comunicación en las cortinas, que conectaran con una nueva ronda exterior, a la altura de la explanada. Sin embargo, la Guerra Civil impidió llevar a cabo este proyecto más respetuoso con la fortificación y tras el conflicto serían otros planes, los elaborados por César Cort (1943) y Rodolfo García Pablos (1954), los que guiaran el desarrollo de la ciudad. Estos planes coincidían en señalar la necesidad de derribar tramos más o menos extensos del recinto abaluartado. Francisco Vaca en 1933 insistía en la necesidad de demoler toda la fortificación salvo la alcazaba.

A partir del final de la Guerra Civil —durante las décadas de 1940, 1950 y 1960— se intensificará el proceso de invasión o derribo de las murallas de Badajoz. Todos los baluartes, salvo el de la Trinidad, serán ocupados con nuevas edificaciones. El baluarte de San Vicente acogía un centro de enseñanza, el de San José el cuartel y academia de la Policía Nacional —que utilizará las galerías de fusileros de los flancos para el ejercicio de las prácticas de tiro—; el baluarte de Santiago fue ocupado por la denominada Ciudad Juvenil, mientras que el baluarte de Santa María acogió en su interior un centro de educación primaria. El baluarte de San Juan ya estaba ocupado por el cuartel de la Bomba y el de San Roque por la plaza de toros del siglo XIX. El baluarte de San Pedro, por último, estuvo ocupado temporalmente por viviendas sociales.

Los daños en el resto de la muralla fueron también numerosos. Entre los más importantes cabe mencionar la destrucción completa de parte del frente del río; la desaparición y urbanización casi completa de todo el complejo de explanadas y caminos cubiertos (salvo pequeños tramos); el derribo de la cortina completa de San José, de la cortina completa de Santiago, de parte de la cortina de San Juan, la ruptura de la cortina de San Roque y la ruptura de la cortina de Santa María; la colmatación de fosos en el entorno de los baluartes de San José, San Roque, Santa María y la Trinidad; la desaparición de todos los revellines de la fortificación principal, salvo el de la cortina de San Vicente, que se transformó en el Auditorio Municipal Ricardo Carapeto; la eliminación de parapetos interiores y construcción en su lugar de edificaciones en la cortina de San Roque; el derribo completo del fuerte de Pardaleras y la luneta de San Juan; la ocupación del terreno exterior del fuerte de Picuriñas; la ocupación de los fosos por instalaciones deportivas o ajardinamientos (e ocasiones mediante intervenciones contrapuestas, como en el baluarte de Santiago, cuyo foso fue colmatada en los años 40 para volver a ser recuperado en la década de los 70).

Pero sin duda la intervención más dañina e irreversible para la integridad de la fortificación fue el derribo completo del baluarte de San Juan en 1964 para dar forma a la actual avenida de Europa. Fue un proceso que contó ya con la oposición de sectores más amplios de la población, aunque aún insuficientes para lograr su paralización.

De forma paralela se produjo en el interior de la ciudad una progresiva pérdida de cuarteles y dependencias militares, que se fueron agrupando en el exterior de la ciudad con lo que Badajoz perdió también parte de sus señas de identidad como ciudad de marcado carácter militar.

Finalmente, en el año 1973, la ciudad adquirió al Ministerio del Ejército las dos últimas grandes instalaciones que aún permanecían en su poder: el fuerte de San Cristóbal y el Hospital Militar de la alcazaba.

A partir de los años 70, y sobre todo tras la declaración en 1985 del recinto fortificado de Badajoz como Bien de Interés Cultural, comenzó a cambiar la percepción de la muralla. Poco a poco los derribos fueron dando paso a actuaciones concretas de recuperación, conservación y rehabilitación. La ciudadanía comenzó a mostrar una mayor concienciación sobre la importancia de la fortificación de la ciudad como elemento patrimonial de primer orden que merece ser recuperado y conservado.

Nuevas intervenciones se producen en los años finales del siglo XX y comienzos del XXI en numerosos puntos del recinto fortificado. Baluartes, cortinas, puertas, fosos, caminos cubiertos y fortines exteriores son intervenidos para su mejor conservación y puesta en valor.

En el siglo XXI se impone definitivamente entre la ciudadanía y las instituciones la valorización de la fortificación como elemento consustancial al patrimonio de la ciudad. Como consecuencia, se producen acciones de rehabilitación y puesta en valor de elementos de la fortificación, entre las que pueden citarse, por ser las últimas desarrolladas, las rehabilitaciones y puesta en valor del revellín de la Trinidad o San Roque (2010-2011), el hornabeque de la cabeza del puente (2010-2014) y el fuerte de San Cristóbal (2013).

EL FUERTE DE SAN CRISTÓBAL

01 Presentación.

El fuerte de San Cristóbal se alza sobre el cerro de San Cristóbal o de Orinaza, el antiguo Baxarnal de las crónicas árabes, siendo el único de los fuertes que subsiste de las defensas exteriores de la antaño plaza fuerte de Badajoz.

Las defensas exteriores de la ciudad estaban formadas por diversas atalayas islámicas -torres de observación y comunicación-, los fuertes exteriores de la fortificación abaluartada, como los de Picuriñas y Pardaleras, y diversas construcciones defensivas que se levantaban según imponían las necesidades bélicas, como el fuerte de San Miguel o el fortín del cerro de las Mayas.

San Cristóbal es un magnífico ejemplo de la perfección alcanzada por la arquitectura militar del siglo XVII y más que la belleza de sus líneas destaca por el esmero de su traza, su adaptación y aprovechamiento del terreno y el excelente trabajo de fábrica en él realizado.

Se levantó en los comienzos de la Guerra de Restauración con Portugal (1640-1668) y, junto al hornabeque de la cabeza del puente, es la primera obra del sistema defensivo moderno que comenzó a sustituir en Badajoz a la muralla medieval a partir de este momento, en un proceso que se prolongó durante siglos. San Cristóbal fue reformado en diversas ocasiones hasta alcanzar la traza actual hacia mediados del XVIII.

Es una construcción de traza abaluartada sensiblemente rectangular -con dos pequeños baluartes en el oeste y el sur y dos semibaluartes en sus esquinas norte y este, lo que permitía el asentamiento de una batería de artillería de hasta 9 piezas. Además de la citada artillería podían establecerse hasta 200 infantes para su defensa.

Hay que recordar que la traza abaluartada impone muros de menor altura que la muralla medieval, reforzados por una masa de tierra llamada terraplén y protegidos por un amplio foso. Delante de la cortina norte se estableció un pequeño revellín –una especie de fuerte triangular que impide el fuego directo sobre la muralla principal– estando todo el conjunto defensivo rodeado por un camino cubierto y su correspondiente explanada. El camino cubierto es un parapeto que rodea todo el sistema principal de defensa y la explanada (conocida también por el galicismo de glasis o glacis) es la zona despejada alrededor de un punto fuerte para poder hacer fuego cómodamente contra el atacante.

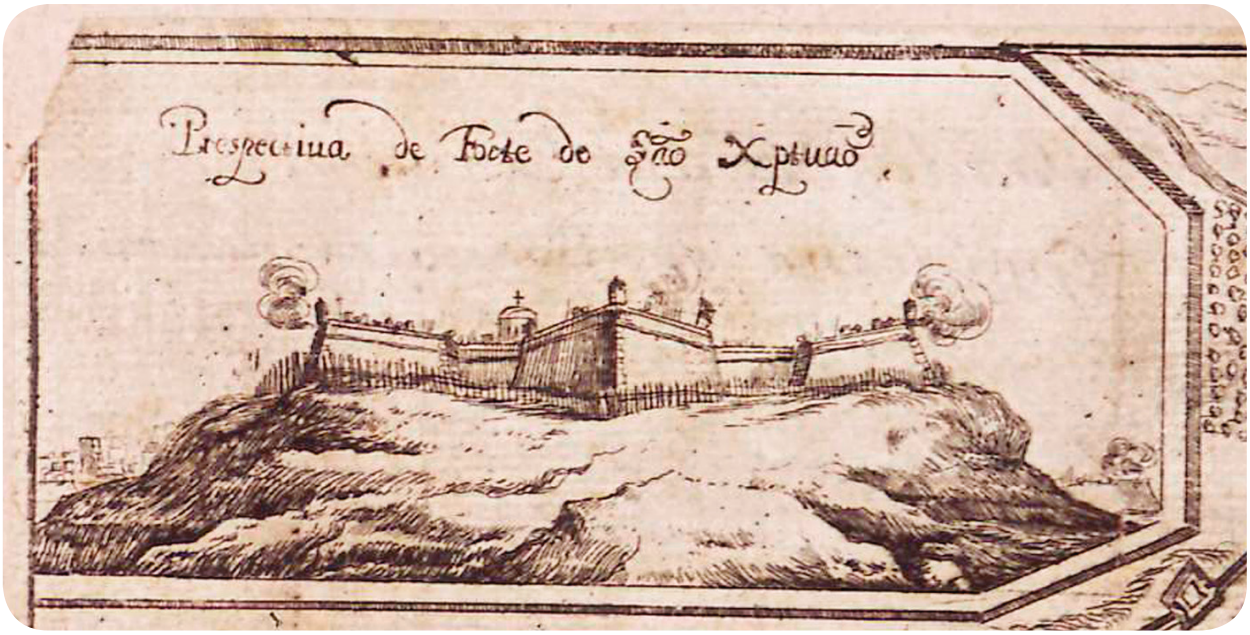
En total, el conjunto defensivo ocupa una superficie aproximada de 22.000 m2 y su misión no se reducía a la meramente militar sino que su ubicación permitía disponer a la ciudad de una amplia zona protegida donde, en caso de asedio, disponer de espacio vital para ganados, hornos y otras instalaciones.

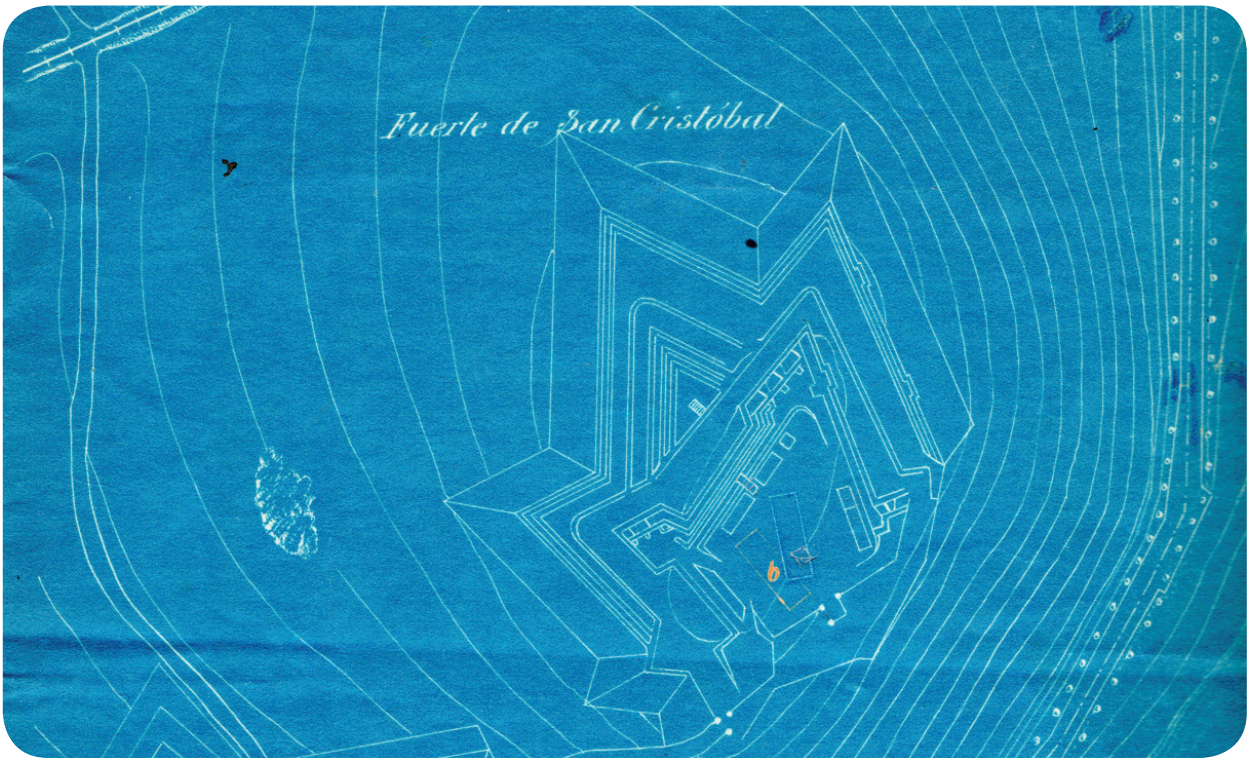
En su interior se disponían originalmente diversos habitáculos para los defensores y un pequeño repuesto para víveres y municiones. Careció de aljibe o pozo, siendo necesario acarrear el agua desde el Guadiana hasta finales del siglo XIX.

En su interior se ubicaba la ermita dedicada a San Cristóbal, de donde proviene su denominación, y de la que se tiene constancia de su uso hasta finales del siglo XVIII.

Su empleo ha sido siempre de índole militar y defensiva; desde finales del siglo XIX, una vez perdida la importancia estratégica en la defensa de la ciudad, pasó a ser utilizado como centro correctivo para los oficiales y suboficiales de la guarnición.

02. Origen.





La primera noticia de su construcción se remonta al año 1641, cuando se produjo la primera construcción del fuerte tras el alzamiento portugués del año anterior. La situación del cerro de San Cristóbal, justo enfrente de la alcazaba árabe y con dominio sobre todo el caserío, le otorgó una importancia máxima para la defensa de la ciudad. Su pérdida, como reiteran todos los informes militares sobre Badajoz en los cuatro últimos siglos, significaba que la ciudad no tardaría en capitular y rendirse.

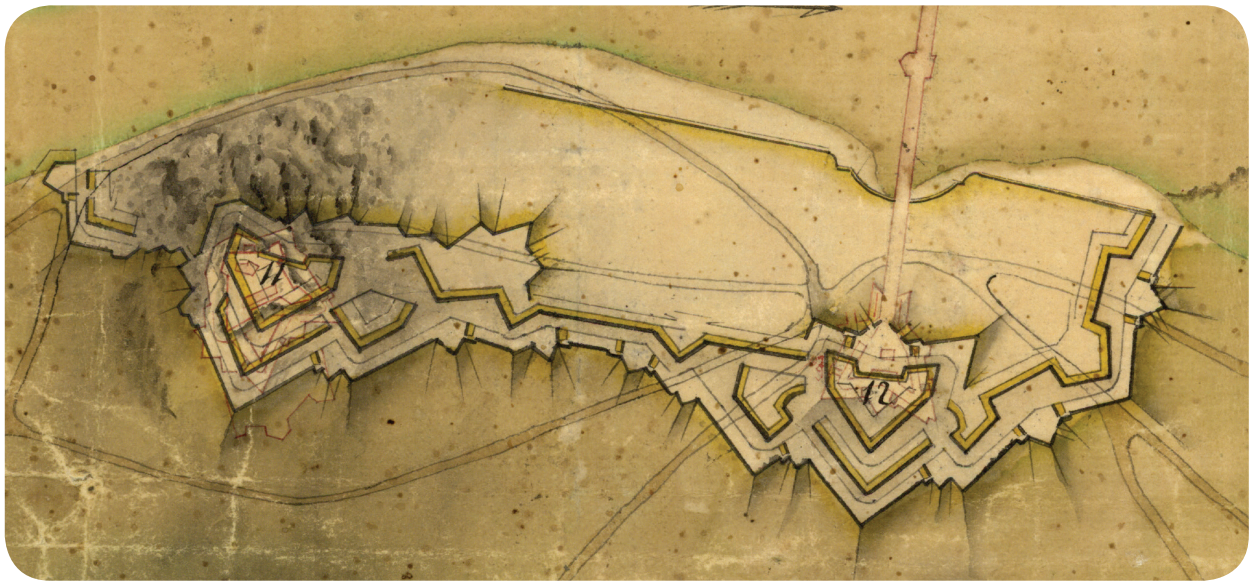
Por ese motivo el cerro de San Cristóbal comenzó a fortificarse casi de inmediato. En mayo de 1641 ya se habían iniciado obras en el cerro para fortificarlo, aunque la escasez de fondos, la climatología e incluso las incursiones portuguesas acabaran arruinando varias veces los trabajos efectuados en los siguientes años. Pero casi desde el primer momento el fuerte de San Cristóbal presentó ya la traza que, con ligeras modificaciones, ha llegado a la actualidad.

En 1658 la ciudad fue asediada por los portugueses. La guerra tomaba un cariz muy negativo para España, no solo no se conseguía sofocar la rebelión portuguesa sino que además Portugal invadía territorio español y se atrevía con plazas muy fuertes. Los primeros intentos de los atacantes se volcaron contra la margen derecha, contra San Cristóbal, como dictaba la lógica militar, que aún no estaba completo en sus elementos defensivos. Una vez rendido el fuerte sería mucho más sencillo rendir al resto de la ciudad, que quedaba bajo el alcance de la artillería establecida en San Cristóbal.

Pese a los varios ataques portugueses contra el fuerte, la sólida defensa del mismo hizo variar los planes atacantes, pues los portugueses se vieron obligados a establecer un asedio completo a la ciudad y finalmente a abandonarlo tras no tener éxito.

03. Proyectos de mejora.





Tras el asedio de 1658, y aún antes de terminar el conflicto, se afrontaron diversos proyectos de mejora en la orilla derecha del Guadiana. En el fuerte de San Cristóbal se emprendió la construcción de un camino cubierto avanzado y se mejoró el camino de comunicación con la cabeza del Puente, construido apresuradamente durante el asedio.

A partir del final del siglo XVII, y especialmente tras la Guerra de Sucesión Española, se comenzó un completo programa de modernización de la muralla medieval de Badajoz, que fue sustituida por un nuevo cinturón amurallado a la moderna, es decir, abaluartado. San Cristóbal fue objeto también de atención por parte de los numerosos proyectos que a partir de esas fechas se realizaron sobre Badajoz.

En 1723, Diego de Bordick, en su *Relación que manifiesta el estado de las fortificaciones de la plaza de Badajoz* señala que mientras el resto de la fortificación necesita reparos urgentes, por la mala calidad de los materiales empleados, el fuerte de San Cristóbal podía esperar a los reparos que necesitaba, por ser la obra más importante de las existentes. Aunque, eso sí, cree que no deben demorarse mucho las obras en San Cristóbal ya que es *defectuoso, en extremo pequeño y por decirlo de una vez, de poca o ninguna defensa y amenazando ruina*. Indica además la necesidad de levantar una batería en la alcazaba para cubrir San Cristóbal.

Durante todo el siglo XVIII se sucedieron los diversos proyectos sobre la fortificación de Badajoz, realizados por algunos de los mejores ingenieros militares de la época, que también se ocupaban de mejorar las defensas de San Cristóbal. Desde proyectos como el de Bordick de 1735 o el de Pedro Ruiz de Olano de 1772 que abogaban por derribarlo por completo y construir un nuevo fuerte más grande, hasta otros que, considerando las disponibilidades económicas, se limitaban a proyectar los reparos indispensables para ponerlo en un estado de defensa óptimo, como el de Juan de Subreville de 1736.

04. El fuerte de San Cristóbal en la Guerra de la Independencia.

ar la Guerra de la Independencia, el fuerte se encontraba en muy mal estado, como todo el conjunto de la fortificación. Durante el asedio francés de 1811 no jugó un papel de importancia, salvo durante la batalla de Santa Engracia, el 19 de febrero de 1811, cuando desde sus muros se intentó cubrir mediante fuego de artillería a las tropas españolas que huían del ataque por sorpresa francés.

Una vez tomada la ciudad por las tropas francesas, y ante el inminente contraataque aliado, el gobernador francés Philippon ordenó mejorar las defensas del fuerte. Se ahondaron los fosos, se recreció la contraescarpa y, en definitiva, se reforzó en fuerte en su conjunto.

Ese mismo año de 1811, la ciudad sufrió otros dos sitios, teniendo San Cristóbal una importancia fundamental en el segundo de ellos (el tercero del total), el que las tropas británicas bajo el mando de Lord Wellington pusieron a la ciudad bajo el dominio francés. El objetivo de Wellington, como ya habían intentado los portugueses doscientos años antes, era tomar San Cristóbal para desde allí forzar la rendición de la ciudad. Sin embargo, pese a los dos intentos de asalto que se produjeron durante el mes de junio, no fueron capaces de tomar el fuerte, por lo que, ante la llegada de refuerzos franceses a la ciudad, tuvieron que levantar el asedio. Los siguientes meses fueron cruciales para San Cristóbal, y se llevaron a cabo obras de reconstrucción y refuerzo de los daños sufridos. Sin embargo, en el cuarto y definitivo asedio de 1812, el objetivo de las tropas británicas varió hacia el sector sureste de la fortificación, no padeciendo San Cristóbal más que esporádicos bombardeos, gracias también a la construcción francesa avanzada de la luneta de San Juan o de Werlé.

05. El fuerte, presidio militar.





Tras la guerra de la Independencia, el fuerte, y toda la fortificación en general, fue perdiendo poco a poco valor para la defensa de la plaza, ante el imparable avance de la artillería en cuanto a alcance, efectividad y poder destructivo. A finales del siglo XIX el fuerte de San Cristóbal comenzó a utilizarse como centro de detención y cumplimiento de penas para los jefes y oficiales de la guarnición. Por ese motivo se comenzaron a edificar una serie de instalaciones o pabellones que dieran servicio a la guarnición del fuerte y sirvieran para el cumplimiento de esa nueva función. Así, a partir de 1876 ya se encuentran informes sobre la necesidad de levantar pabellones en el interior del fuerte que sirvieran, por un lado para albergar al Comandante Militar y al resto de la guarnición y, por otro, para alojar a los militares que cumplían sus penas allí. También se mejoraron las instalaciones de la edificación adosada al terraplén norte, donde históricamente se había situado el cuerpo de guardia.

De esta forma, en primer lugar se levantó el pabellón denominado del Gobernador, que en un primer momento también sería para alojar a los oficiales penados. Posteriormente se construyó, ya a principios del siglo XX, un pabellón independiente para el alojamiento de los oficiales arrestados, como se aprecia en las fotografías aéreas de 1914.

Previamente, en 1889 ya se habían retirado las piezas de artillería del fuerte, una vez perdida su función original.

Finalmente, hacia el año 1945 se levantó un tercer pabellón en la cortina oeste, adosado al muro de la escarpa, que eliminó el terraplén y provocó que el muro fuera “cortado” para habilitar ventanas la ventilación del pabellón. Esta nueva construcción se destinó a los oficiales, mientras que el anterior, situado en el centro de la plaza de armas se reservó para los suboficiales.

Por último, una vez perdida toda utilidad militar, en 1972 se vendió el fuerte y los terrenos de la explanada al Ayuntamiento.

Por tanto el fuerte de San Cristóbal es una excelente muestra de un primitivo sistema abaluartado, pequeño para su catalogación como fortaleza pero de utilidad militar contrastada ya que a pesar de los numerosos ataques recibidos en las diversas guerras de los últimos siglos, jamás pudo ser ocupado por la fuerza. En un apretado diseño pueden seguirse de una manera clara y didáctica la mayoría de los elementos que conformaban la arquitectura militar abaluartada: foso, revellín, escarpa, baluarte, camino cubierto, explanada, cañoneras, aspilleras y un largo etcétera.